

Aquel silencio lo turbó una voz pura, argentina, que dijo desde fuera:

—¡Padre mio!

—¡Oh! Margarita, exclamó Ferreira; salgamos de aquí, que no vea este espantoso cuadro.

Y seguido del médico y del pintor, salió al encuentro de la jóven.

—¿Qué sucede, padre mio? preguntó turbada Margarita; acabo de sorprender conversaciones que me han llenado de temor.

—Sucede, Margarita, dijo Ferreira con acento triste, que la vida corre entre relámpagos de felicidad y torrentes de amargura. No me preguntes más ahora; alejémonos de aquí; y puesto que tú no has sido nunca dichosa, déjame el placer de que sea yo quien te coloque en el camino de tu ventura.

Y Ferreira se volvió hacia Antunez, que había mantenido á su espalda, sin ser visto de Margarita, y le dijo:

—Acérquese Vd., doctor; le confío á Vd. el tesoro de mi vida: que ella sea feliz, ya que su padre no lo puede ser.

Del pecho de Margarita se escapó un pequeño grito de sombro y de alegría, y un estremecimiento involuntario recorrió todo su cuerpo al sentir que su padre enlazaba su mano con la mano del doctor.

Mientras tanto el Sabueso, que había permanecido al lado del cadáver de Adela, solo, en muda contemplación, enjugó una lágrima que se escapaba de sus ojos, y murmuró con acento conmovido.

—¡Estás perdonada!... ¡Que te perdone Dios!...

CONCLUSION.

Adela había muerto, dejando en el mundo dos corazones destrozados.

Uno el de Ferreira, el del lobo marino, que acaso por la primera vez de su vida había amado, cuando conoció á aquella mujer funesta rodeada de todo el prestigio de su hermosura, de su debilidad y de su desgracia.

Otro el de Bernardo, cuyo primero y único amor había sido la encantadora Consuelo.

Esta, con su afición al lujo, con sus ambiciones desmedidas, con sus ardientes pasiones, había arrastrado una existencia borrascosa, en la que el fausto y la ostentación apenas habían podido servir de dorada capa á las infinitas miserias de la realidad con que habían vivido en abierta lucha su conciencia y su corazón.

Ferreira y el Sabueso sorprendieron á la muerte de Adela muchos secretos vergonzosos de esta mujer; y, sin embargo, en lo más hondo de aquellos dos corazones quedó siempre el germen de un amor que los labios del marino y del trapero negaban, pero que misteriosamente debía acompañarles toda la vida.

Los tribunales de justicia tuvieron al fin intervención en los asuntos de esta verídica historia.

El tío Moscon, de acuerdo con la tía Morella, refirió el tormento dado á Bernardo por D. Jacinto Perez á un buen número de sus compañeros de oficio, y todos convinieron en que el agente de negocios, ni se habia ausentado de Madrid, ni probablemente habia ido á habitar muy lejos de su antigua guarida.

Cuando todos estuvieron conformes en apreciar como incuestionable lo que no pasaba de ser un cálculo más ó ménos aventurado, se dispuso una batida que debian dar los traperos por las inmediaciones de la casa de Laso de Castilla y á las órdenes de Figurin, mientras el tío Moscon y la tía Morella se encargaban de papeles más importantes dentro y fuera de la zona en que se estableció esta singular policía.

El tío Moscon no iba errado en sus cálculos, y al cabo su perseverancia infatigable, su eterna machaconería, como decia Figurin, dieron el resultado que se deseaba.

Don Jacinto fué sorprendido una noche al salir de una lóbrega casa de la calle del Aguardiente.

El viejecillo dejaba su nueva madriguera, cuando de pronto oyó un agudo silbido, y vió que un hombre se destacaba de la sombra y avanzaba hácia él.

—¿Quién va? gritó D. Jacinto con voz temblorosa.

—Ahora lo verás, respondió el desconocido con acento poco tranquilizador.

El agente de negocios se sintió estremecer, pues no se le ocultó que las palabras que le habian dirigido

envolvian una amenaza. Sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y sacó y amartilló una pistola.

—¿Quién va? repitió, resuelto á hacer fuego si la respuesta no era más satisfactoria.

—Tira con cuidado, porque, si marras, no respondo de tí, contestó deteniéndose el desconocido.

Don Jacinto tendió el brazo y apuntó; pero en aquel momento una mano vigorosa cayó sobre él, y oprimiéndole con fuerza el cuello lo arrastró violentamente, haciéndole perder el equilibrio, al mismo tiempo que el hombre que habia sorprendido al agente se le acercaba y le quitaba de la mano la pistola.

—Figurin, este pájaro cayó en la red, dijo la tía Morella, que era quien sujetaba á D. Jacinto.

—Es verdad, repuso Figurin; y mostrando la pistola, añadió:—Y por cierto que yo he librado bien de sus intenciones.

—No libraré él así de las mias, dijo el tío Moscon, presentándose seguido de unos cuantos de sus compañeros: oí tu silbido, y he tomado mis medidas.

—¿Qué ha dispuesto Vd.? ¿Qué hacemos?

—Poca cosa; mira los que por ahora tienen más que hacer.

Todos se volvieron hácia donde señalaba el tío Moscon, y todos vieron acercarse á una pareja de vigilantes de policía, que se apoderó del viejecillo.

El Sr. Perez, aturdido, tembloroso, lleno de espanto, se dejó conducir sin oponer resistencia alguna.

Ocho meses despues se fallaba en el ruidoso proceso, por medio del cual se descubrió su larga vida y

milagros, y salia de la cárcel del Saladero sentenciado á cadena perpétua; pena horrible, que debia extinguir en nuestros presidios de Africa.

En tanto Margarita y Antunez, acompañados de su amigo Navarro, habian abandonado á Madrid.

La felicidad es egoista, y la de los nuevos esposos huía de testigos importunos, y corria á ocultarse de ellos en las pintorescas montañas de Galicia, bajo aquel cielo puro y á la vista del mar.

Allí aguardaron la llegada de Ferreira, que no consintió en salir de Madrid hasta haber aliviado la suerte de los que habian sido padres adoptivos de Margarita.

La Flor del Olvido, la camisería comprada por Bernardo, fué largo tiempo herencia que se trasmitió á las hijas de los traperos.

La muerte de Adela habia acabado de secar dos corazones; pero habia extendido sobre muchos desgraciados el velo protector de la felicidad.

Quien rehusó todo género de favores fué el Sabueso, que, á despecho de Margarita y de sus amigos, se obstinó en volver á Sevilla, y allí fué, seguido siempre de la tia Morella, que en vano pretendia devolver la calma á su ahijado.

El Sabueso era injusto consigo mismo; pero sin poderlo evitar, vivió el resto de sus dias acosado por una pena inextinguible.

CAPILLA ALFONSO X

